

2018-07-01

Tres cuentos

Hno. Alexander Buitrago Bolívar, FSC
albugo2@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Buitrago Bolívar, FSC, H. (2018). Tres cuentos. Revista de la Universidad de La Salle, (77), 151-155.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Tres cuentos



Hermano Alexander Buitrago Bolívar, FSC*

■ Resumen

De su creación narrativa el autor presenta tres cuentos, entre ellos un microcuento seleccionado por la revista literaria española *Cuentos para el Andén*. Una propuesta con tinte personal, que como egresado de la Universidad el autor desea compartir en las páginas de la revista de su alma máter. Viene esta trilogía a enriquecer el campo de los aportes literarios que la *Revista* se complace en dar a conocer. Se continúa así con la tradición de publicar escritos de los diferentes géneros de la expresión literaria, de la belleza escrita en palabras, que la *Revista* ha difundido desde su primer número.

Palabras clave: cuento, vampiro, poeta, Minotauro.

* Nació en Zipaquirá, Cundinamarca, Colombia, el 24 de noviembre de 1977. Participó en los colectivos literarios de la Fundación Siembra, Zaguán de Poesía y Los Impresentables. Es Hermano de La Salle. Estudió Ciencias de la Educación con Especialidad en Estudios Religiosos en la Universidad de La Salle. Es especialista en Gerencia Educativa de la UPTC, y literato de la Universidad de los Andes. Publicó el poemario *Estación del fuego* en 2007. Ha obtenido varios reconocimientos literarios: primer puesto en el II Concurso "La memoria de nuestros pueblos: homenaje a los estudiantes caídos en soledad"; mención en el IX Concurso Bonaventuriano de Cali (2013); mención en el XXXVI Concurso de Poesía y Cuento de la Universidad Externado de Colombia (2013); segundo puesto en el XII Concurso de Poesía Eduardo Carranza (2014); mención en el XII Concurso Bonaventuriano de Cali (2016); segundo premio en el Concurso de Poesía Ediciones Literarte, Argentina (2016); primer premio en el Concurso Internacional de Poesía "El Parnaso del Nuevo Mundo", Perú (2017); tercera mención en el Concurso Internacional de Poesía en Honor a la Palabra, Argentina (2017); mención en poesía en el Concurso Internacional "Mil poemas por la paz" (2017) y en el Premio Literario Internacional David Mejía Velilla, por su poemario *Casa habitada* (2017). Ha publicado poemas y artículos en varias revistas literarias. Fue columnista en la revista digital *Vórtice*, de Nicaragua, en 2015. Su blog es: esquinasazules.blogspot.com. Correo electrónico: albugo2@gmail.com

Historia de un vampiro actual

En esta biblioteca que el fuego de la memoria ha devorado hasta el olvido, fatigo los arduos anaqueles buscando mi origen. Sin saber quién soy aún, busco en convexos libros habitados de polvo mi procedencia. Ya perdí la noción del tiempo, y aunque solo la historia escrita por la derrota juzgará mi proceder, es claro que no he avanzado en mi búsqueda infructuosa. Recuerdo, más por los libros consultados que por mi memoria, nublada ahora, extraviada en el laberinto del olvido que todavía recorre mi infancia alegre sin querer librarse de ese espanto jubiloso, un pasado cruento de persecución y muerte.

Atrás, entre la niebla quedaron los juegos a las escondidas con mis compañeros de clase o los besos robados a mi vecina de la casa del lado, los regañíos de papá por llegar sin zapatos después de cruzar el vado del río para mí siniestro y lleno de monstruos, y las goteras que inundaban mi cama en los largos inviernos de mi país natal... Son recuerdos que poco a poco se disuelven en el aire como la niebla en la luz, y que son señal más de una transitoria alucinación literaria que de mi pasado.

Absorto entre los exhaustos libros de vampiros, hombres lobo, súcubos y brujas que me rodean en esta sección anónima de estantes empolvados, sigo una imaginaria línea de sangre entre las páginas gastadas, páginas que me conducen a un intrincado país de muerte y sangre y violencia en el que de momento me sosiego, hallo paz y los huesos rotos de mis ancestros, quizás mi futura tumba anhelada. Huelo los rastros de mi sangre —hasta ahora incierta, oscura, no fechada— y revivo mi sed de conocer más, de sumergirme en el mar de mi angustia, esas ansias de mirar la luna o de convertirme en monstruo. Ahora presiento que ni mi juramento —parcial frente a los restos de mi madre devorada por los lobos una noche de luna llena al bajar de la montaña (habíamos subido a visitar al abuelo quien nunca quiso abandonar su soledad y su pobreza allá arriba, se sentía feliz y, aunque ciego, decía que mejor era morir en esta cima lejos de la devastación de la civilización)— puede detener la transmutación a vampiro que estos libros han hecho posible después de horas siniestras de lectura.

Esta biblioteca fría se puebla de los aullidos que salen de los libros, de pronto hay gritos escurriendo frescos y recientes por las paredes fantasmales que me anegan, oigo la premura de pasos que huyen por entre los arrumes de libros abandonados ahora nidos de arañas y de ratas, pasos y voces que me aíslan y afilan mis garras, a mí, espectro poco susceptible a las adivinaciones, y así encuentro mi raíz primera, mi cuna y tumba.

Sin saber quién soy ni de dónde vengo, puedo mirarme en el espejo de las páginas en esta vasta y honda biblioteca, que me define ahora y que derrumban; son inseguras las puertas y ventanas que me asechan, están ocupados los corredores y ruidosos, es imposible detener la lectura, veo mi rostro monstruoso y mi deforme cuerpo, ya no hay letras ni libros sino esa baba mezcla de miedo y rabia en el aire opresivo que respiran los asesinos —quienes sin cruces ni estacas me rodean dispuestos a matar al menor suspiro—, mientras paso la página en la que mi padre huye por una ventana somnolienta de su castillo en Transilvania.

Poeta urbano¹

En esta esquina habituada al olvido, ahora poblada por el humo de los autos y la lluvia, la estatua del poeta místico nacido acá, en estas montañas de sal e invierno, oye ninguno de sus versos en la boca de los transeúntes de la noche, ve ninguna de sus publicaciones en las vitrinas locales, acaso recuerde ciertas hazañas literarias, o solo anhele caminar de nuevo por esta penumbra fría antes de subirse al tren en la estación de la memoria e irse al sur, hacia ninguna parte de los sueños, donde jugaba fútbol con sus compañeros de escuela.

El Minotauro

Sucedió una tarde mientras pulía los deformes versos de un poema. Él salió de debajo de la cama, no lo podía creer. Sí. Lo sé. Cualquiera en sano juicio

¹ Microcuento seleccionado entre 115 textos por la revista literaria española *Cuentos para el Andén*, el jueves 4 de mayo de 2018.

hubiera dicho que aquello era producto de mi imaginación o de mis muchas noches de insomnio en las que el consumo excesivo de anfetaminas habían apresurado mis alucinaciones; y a lo mejor, ahora lo creo, a pesar de la poca fe de mis doctores, que esta bestia mitológica, después de todo, sí saltó de alguna palabra laberíntica que se me había caído de mis muchas páginas tachadas.

Mi primera reacción fue caerme de la silla en la que me encontraba sentado escribiendo. Los libros, los pocos libros que me esperaban ansiosos por ser leídos, saltaron de sus estantes para ponerse a salvo donde pudieran, volaron por el aire, algunos se golpearon en sus lomos de cuero, otros se desprendieron de sus duras tapas y desparramaron sus hojas por el piso, por ejemplo, *Poeta en New York* de Federico García Lorca trató fallidamente de ponerse a salvo en el armario de la ropa, y *Hojas de hierba* de Walt Whitman quiso obstinarse en aletear debajo de la puerta para no ser pisoteado por las pesadas pezuñas del Minotauro, quien, a pesar de sus intentos, quebraba repisas, tumbaba cuadros y porcelanas, y al fin, exhausto, tendría que sentarse sobre las ruinas que iba dejando a su paso por mi habitación para mantener el equilibrio de su cuerpo de toro.

Al Minotauro (ahora que lo pienso, no sé si lo soñé, aunque aún persisto en negarlo), a él, al ser mitológico por antonomasia y no quien escribe estas truncadas líneas sin suspiros, le bastó solo unos segundos aprender a hablar mi idioma y recordar el laberinto de su oscuridad reciente en la que parecía haber dormido la muerte silenciosa del olvido durante miles de años, a él, a esta bestia mítica los siglos de su edad se le notaban en su piel cubierta de una pelambre teñida la sangre seca a causa de las guerras. Y luego, unos instantes después, al verme tembloroso, pálido, al ver reflejada su monstruosidad en mi pupila, el Minotauro dijo que no esperaba despertar tan pronto, hubiese preferido estar perdido, extraviarse en la conciencia del espacio, decía, lejos del pobre criterio de los hombres, no es el momento de surgir... No me pareció insólito que por las paredes de mi habitación aparecieran caracteres en diversos idiomas; incluso ni me extrañó que me señalara varias puertas invisibles en mi habitación que nadie había visto, puertas a otros mundos soñados solo por la imaginación. Yo, incrédulo, intentando despertar de esta ensoñación absurda, trataba útilmente

de no exaltarme, de evitar sorprenderme demasiado ante los eventos fantásticos que mis ojos retenían. Tal vez estoy soñando, pensé, y el minotauro solo decía que todo se iría aclarando con el paso del tiempo, todo se equilibra en la balanza del tiempo, todo corresponde a la medida de las circunstancias, decía, y yo sin entender nada, tranquilízate, afirmaba la bestia, he venido a cuidarte decía el monstruo, yo estaré a tu lado mientras sueñas.

No comprendí lo que me dijo, pero sí creí que estaba soñando, que incluso yo mismo era parte de este sueño absurdo, debo despertar pronto, pensé, o de lo contrario seguiré eternamente soñando hasta que en la otra mitad del sueño el Minotauro termine con mi vida o me extravíe en el laberinto de otros mundos; todo es sueño aunque de un momento a otro deba despertar, así es en apariencia y, tal vez, aunque con los ojos abiertos recibiendo la luz del día, o mi calva aguantando las lluvias anuales de estos lados de la tierra, o mis oídos viejos guardando los cantos de los pájaros que nadie jamás ha oído nunca, no obstante mi obstinación por despertar solo seguiré soñando.

Supe en aquel momento que nada podría alterar el curso de esta realidad ahora mía, de este sueño inalienable, ni lo que yo escribiera ni lo que imaginara, por más poderoso que fuese el olvido, o mi tedio. Mi imaginación no alteraría los hechos que vivía en ese momento, repetía para mí, mientras el Minotauro se extraviaba en el laberinto de mis ojos que veían incrédulos cómo se reconstruían los anaqueles, los libros regresaban a su lugar de origen, mi cama volvía a dormirse tranquila e iba desapareciendo el desorden de la habitación. Oí un sórdido bramido que hizo temblar los marcos de las puertas y de las ventanas. Entonces decidí seguir escribiendo estos sueños antes que siguiesen expandiéndose por mi realidad como un virus por el aire. Pero solo ahora, años después de estos eventos fortuitos, pienso que tardé demasiado en olvidar, o que a lo mejor he sido inexacto en mi relato porque ha sido imposible contener dentro de mí al Minotauro en el que me estoy convirtiendo.